Hablar de Dios sin nombrarlo ¿Cómo hablar de Dios en el mundo de hoy?

**Speaking about God without saying it
How to speak about God in the present world?**

Jean Richard

Doctor en Teología

Université Laval (Québec)

jean.richard.1@ulaval.ca

Traducción de Benoit Mathot (autorizada por el autor)

Doctor en Teología

Universidad Católica del Maule

Fecha de recepción: 27/11/2017

Fecha de aceptación: 30/12/2017

Resumen: Para responder a la pregunta “Cómo hablar de Dios hoy?”, el artículo propone primero reinterpretar el “misterio de Dios” concibiendo a Dios como el nombre dado al misterio del mundo y del ser humano en el mundo. En el mundo cristiano, hablaremos entonces de Dios hablando de Cristo Jesús de manera no supranaturalista, comenzando por el Cristo de los evangelios, y reconociendo en el Cristo crucificado la gloria de la resurrección. En el mundo secular, no religioso, hablaremos de Dios sin nombrarlo, hablando del misterio del mundo y del ser humano, desvelando en él los signos de la trascendencia de la verdad, del bien y de lo bello.

Palabras claves: Dios, misterio, símbolo, supranaturalismo, Tillich

Abstract: To answer to the question “How to speak about God today?”, the article proposes first to reinterpret the “God’s mystery” conceiving God as the name given to the mystery of the world and of the human being in the world. In the Christian world, we will speak then about God speaking about the Christ Jesus in a not supranaturalista way, beginning for the Christ of the gospels, and recognizing in the crucified Christ the glory of the resurrection. In the secular world, a not religious world, we will speak about God without saying it, speaking about the mystery of the world and about the human being, revealing in him the signs of the transcendence of the real, of the good, and of the beautiful.

Key words: God, mystery, symbol, supranaturalism, Tillich

Hablar de Dios en el mundo de hoy ha devenido un desafío. Como si, fuera de las iglesias y de los lugares específicamente religiosos, no hubiera otro lugar donde este tipo de lenguaje pueda ser escuchado. En el mundo secular de la vida cotidiana, un discurso sobre Dios parece corresponder a otro mundo, un mundo extraterrestre. En esto, la situación de hoy es muy distinta a la de antes, donde la referencia a Dios era parte de la vivencia cotidiana.

Pero, ¿debemos lamentar esta situación? Si es el caso, ¿no volvemos así a una situación bien anterior, donde las cosas de la religión debían permanecer en secreto? Era el sentido del “misterio” para los Griegos: *musteron* significaba una cosa secreta. Entonces, no habremos hablado demasiado del misterio, demasiado de lo indecible?

Es por aquí, me parece, que debemos comenzar: ¿cómo se presenta el misterio de Dios? Enseguida, deberemos ver cómo hablar de Dios en los medios religiosos, donde este discurso todavía puede tener significado. Por último, cómo hablar –o no hablar– de Dios en el mundo secular, no religioso, que nos rodea. Es lo que llamaré: “hablar de Dios sin nombrarlo”.

1. El misterio de Dios

Existen dos maneras de comprender la expresión “misterio de Dios”. Podemos comprenderla como lo hacemos habitualmente cuando hablamos del misterio del Cristo o del misterio de la Iglesia. Reconocemos entonces en la persona de Jesús de Nazaret, más allá de su apariencia exterior, una dimensión misteriosa. Del mismo modo, hablar del misterio de la Iglesia, quiere decir que la Iglesia, más allá de su estructura institucional, contiene una dimensión misteriosa, invisible. En los dos casos, tenemos primero ante nosotros una realidad existente, una persona o una institución que existe realmente. Y después percibimos por la fe la dimensión profunda, misteriosa, de esta persona que es Jesús y de esta institución que es la Iglesia.

Es así que, de forma muy natural, concebimos el misterio de Dios. Cuando pensamos en Dios, pensamos primero en una persona, la persona de nuestro Padre del cielo. Esta persona, nosotros la concebimos como infinitamente buena y cariñosa. Y cuando la afirmamos como infinita, hablamos de ella como una realidad misteriosa. Porque decir que Dios es infinitamente bueno, es decir que es bueno de una bondad superior a todo lo que podemos imaginar y concebir: una bondad misteriosa.

Pero hay también otra manera, más profunda, de comprender el “misterio de Dios”. Invertimos entonces los términos de la expresión. En lugar de comenzar

por Dios, y de decir que Dios es misterioso, comenzamos por el misterio, y a este misterio lo llamamos “Dios”, le damos el nombre de “Dios”. Comenzamos pues por pensar el misterio: el misterio del universo, el misterio de la vida, el misterio del espíritu humano, el misterio de estas luces del espíritu que son la verdad, la bondad, lo bello. Y a este misterio con varias facetas lo llamamos “Dios”. Haciendo eso, personificamos el misterio, lo representamos bajo la figura de una persona divina, la persona de nuestro Padre que está en el cielo¹.

Hablar de Dios nuestro Padre, ¿sería entonces hablar de una simple representación humana del misterio del mundo? Revisemos mejor ahora este juicio. Esto significa que todo nuestro lenguaje sobre Dios es un lenguaje simbólico, un lenguaje que no debemos seguir al pie de la letra². Dios no es un simple existente, y que además se ubica por arriba de todos los otros seres. Es el ser mismo que contiene todos los seres, en el cual participan todos los seres. Sin embargo, este ser es más que una abstracción; es el fundamento misterioso de nuestro ser personal. Para darse cuenta de esto, para llevar a la conciencia explícita este misterio profundo de nuestro ser, debemos transformarlo en algo más concreto. Es por eso que lo representamos bajo una figura personal, la de Dios el Padre, con el cual podemos entrar en una relación personal. Así expresamos en una representación simbólica el sentido que tenemos del misterio divino que habita en nosotros. Y tal es el sentido de todo símbolo: una expresión concreta que se utiliza para significar una realidad invisible. Es una indicación que nos conduce más allá de él, hacia la realidad que él representa.

Pero la pregunta vuelve: Dios nuestro Padre, ¿sería solamente un símbolo, una representación, una construcción humana? Hablar de esta manera, es desconocer la potencia del símbolo, es considerarlo como una simple invención del espíritu. Al contrario, el símbolo proviene de la realidad invisible que indica, y contiene toda la potencia de esta realidad. Lo vemos bien en el caso de la bandera, que simboliza la nación. Contiene algo sagrado, como la nación que representa. Considerar una bandera como un trapo, es profanarlo.

¹ Se podría decir lo mismo a propósito del Dios personal y transpersonal. El Dios bíblico, Dios de la alianza y del amor, no puede ser pensado sino como personal. Pero al mismo tiempo, debe ser concebido como transpersonal, infinito, misterioso. En la dinámica de la fe cristiana, es normal comenzar por la visión del Dios personal. Pero cuando llega el momento crítico del “símbolo quebrado”, la dinámica se invierte. Es la realidad transpersonal del misterio divino que se impone primero, dando luego paso a la simbólica del Dios personal. Ver P. TILLICH. *The Encounter of Religions and Quasi-Religions*, Edited by Terence Thomas, The Edwin Mellen Press: New York, 1990, pp. 48-50 : «The Personal and the Transpersonal».

² Sobre el lenguaje simbólico de la religión, ver los dos artículos de P. TILLICH. «Symbols of Faith», in *Dynamics of Faith*, Ed. R. NANDA, Anshen: New York, 1957, pp. 41-54 ; «The Nature of Religious Language», in *Theology of Culture*, Ed. R. C. KIMBALL, Oxford University Press: New York, 1959, pp. 53-67.

Lo mismo pasa, y con mayor razón, con el símbolo religioso. Es un lenguaje que proviene del misterio y que contiene toda su potencia. Esta proveniencia del misterio es lo que la religión llama la “revelación”. Aquí también, debemos evitar tomar al pie de la letra este símbolo religioso que es la revelación, e imaginarse que Dios, desde lo alto del cielo, envía mensajes a la tierra por intermedio de sus profetas. La revelación no viene desde arriba, sino desde abajo. Viene del misterio profundo que hace irrupción en el espíritu, bajo la forma del lenguaje.

2. Hablar de Dios hablando de Cristo Jesús

Tenemos así un primer esbozo de respuesta a nuestra pregunta inicial. Hablar de Dios hoy, es hablar de Dios comenzando desde abajo. Es comenzar por hablar del misterio: el misterio del mundo y de lo humano. Sin embargo, podemos hablar del misterio solamente si este misterio se revela, si se manifiesta. Ahora bien, este misterio se manifiesta de dos maneras distintas, en dos niveles diferentes. Primero, se revela en la naturaleza como misterio de la creación. Es lo que llamamos la revelación natural, una manifestación general, universal, accesible a todos los seres humanos. Hay también una revelación más especial, más particular, donde el misterio divino se encuentra revelado, para nosotros cristianos y cristianas, en el corazón de la historia, en el Cristo Jesús, como misterio de la salvación.

Paralelamente a esta doble revelación, debemos decir que hay también un doble medio en el cual somos llamados a hablar de Dios. Hay un círculo más íntimo, más estrecho, que es el círculo de la comunidad cristiana, y un círculo más amplio del mundo en general que incluye los no-cristianos y los no creyentes. Consideremos primero el primer círculo, el más estrecho.

¿Cómo hablar de Dios hoy, en nuestras comunidades cristianas? Sin duda a partir del Cristo. Puede parecer evidente, pero implica una consecuencia que no es menos. En efecto, significa: no hablar del Cristo a partir de Dios, como si conociéramos a Dios primero, independiente de Cristo, sino hablar de Dios a partir de su revelación en Cristo Jesús. Eso es otra aplicación del principio: hablar de Dios partiendo desde abajo, hablar del cielo a partir de la tierra. Porque Jesús ha vivido en la tierra, y es a partir de él que conocemos el cielo.

Sin embargo, debemos todavía precisar más. Hablar de Dios a partir del Cristo, en otros términos, hablar de teo-logía a partir de la cristo-logía, está bien, pero ¿a partir de qué cristología? Distinguimos hoy una cristología desde arriba y una cristología desde abajo. La cristología desde arriba procede de arriba hacia abajo según la vía trazada por San Juan en el Prólogo de su evangelio. Es la cristología del Verbo encarnado. En este sentido, comenzamos por pensar la Trinidad eterna de

Dios, y vemos luego cómo la persona divina del Hijo engendrado por Dios desde toda la eternidad descendió del cielo para devenir, en este mundo, la persona de Cristo Jesús.

Sin excluir este modo de pensar, que es el modo de pensar de los primeros concilios, deberíamos volver hoy al Jesús de los evangelios sinópticos. La gran diferencia es que Jesús aparece aquí primero como un ser terrestre, bien anclado en la historia de su pueblo. Es proclamado, en esta historia, Hijo de Dios, pero se trata aquí de una filiación de alianza, por él que es elegido por Dios, que hace alianza con él. Es el Hijo amado del Padre, porque permanece en todas cosas perfectamente fiel a esta alianza, a la voluntad del Padre. Se comienza pues por abajo, por el Jesús de la historia. Y se procede de lo bajo a lo alto, tanto que la vida de Cristo culmina en su resurrección y su glorificación al lado de Dios.

Esto respecto a la reinterpretación bíblica de la figura de Cristo Jesús. Pero la reinterpretación del mensaje cristiano debe hoy también hacerse desde otro punto de vista que es el del pensamiento moderno. Pero, la marca del pensamiento moderno es su carácter no supranaturalista³. El pensamiento supranaturalista distingue los dos mundos del cielo y la tierra. Para el pensamiento moderno hay un solo mundo, pero este mundo posee una dimensión de profundidad, de misterio. Lo que el antiguo pensamiento cristiano contiene de supranaturalismo no se pierde, sino que se encuentra como reinterpretado en el sentido de la inmanencia del misterio del mundo. La trascendencia divina no se pierde, sino que se encuentra en la inmanencia de lo real.

Para ver mejor de que se trata, tomemos un ejemplo, el de la resurrección de Cristo. En los evangelios este misterio de la resurrección se expresa en un modo supranaturalista. Es el milagro de la resurrección. Jesús, muerto en la cruz el Viernes Santo, resucita, vuelve a la vida el domingo de Pascua, antes de subir al cielo cuarenta días más tarde, el día de la Ascensión. Eso es un escenario típicamente supranaturalista, caracterizado por el aspecto milagroso de la resurrección. ¿Cuál podría ser entonces la reinterpretación no supranaturalista de este misterio de la resurrección? Se trataría, en principio, de reconocer la gloria de la resurrección en la humillación de la cruz, de reconocer en el crucificado los signos de la victoria sobre la muerte.

Esta reinterpretación, por muy nueva que sea, no contradice en nada lo esencial de la fe bíblica. Hay aperturas en esta dirección en los textos del Nuevo Testamento. Por ejemplo, el testimonio del centurión romano, que reconoce la gloria de Dios

³ Sobre la crítica del pensamiento supranaturalista, ver P. TILLICH. *Systematic Theology*, Vol. II, The University of Chicago Press: Chicago 1957, pp. 5-10; «Beyond Naturalism and Supernaturalism».

contemplando al crucificado: “Y cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo” (Lucas 23, 47). San Pablo reconoce también la sabiduría y la potencia de Dios en Cristo crucificado: Cristo es “fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres” (1 Co 1, 24-25). El milagro de la resurrección está así reinterpretado en San Pablo por la paradoja de la cruz. Lo mismo ocurre en el Evangelio según San Juan, cuando, en tres partes, encontramos la elevación de Cristo sobre la cruz (3, 14; 8, 28; 12, 32-34). Allí también, el misterio de la ascensión, de la glorificación de Cristo, se contempla sobre la cruz del Viernes Santo.

El milagro de la resurrección se encuentra entonces reinterpretado por la paradoja de la cruz. La paradoja es un pensamiento que contradice la opinión recibida. Eso es lo que hace San Pablo cuando afirma que la gloria y la omnipotencia de Dios se encuentran en la humillación y la debilidad de Cristo crucificado. Es clara la diferencia entre el milagro de la resurrección y la paradoja de la cruz. El milagro separa el momento de la debilidad humana (el Viernes Santo) del momento del poder divino (el domingo de Pascua). Así, la trascendencia divina queda separada de la inmanencia humana. La trascendencia divina queda situada fuera de la situación humana. Ella domina la condición humana como el cielo domina la tierra. Esta es la perspectiva supranaturalista. En cambio, la paradoja une los dos momentos: el poder divino está presente en la debilidad humana, la resurrección está presente en la muerte en la cruz, el Viernes Santo y Pascua son una misma cosa. Esta es la perspectiva no supranaturalista donde la trascendencia divina está presente en la inmanencia humana.

3. Hablar de Dios sin nombrarlo

Acabamos de considerar el mundo de la comunidad cristiana, donde el lenguaje religioso es todavía familiar. Veamos ahora cómo se presentan las cosas en el mundo secular, en el mundo no religioso que encontramos cada día en nuestro medio de trabajo, en el supermercado, en el hospital, así como muy a menudo en nuestros encuentros de familia. Decir que el mundo secular es un mundo no religioso es decir que su lenguaje no es el lenguaje de la religión. Pero entonces, ¿cómo hablar de Dios en este mundo?

Pero antes, ¿debemos hablar de Dios en este mundo? A esta pregunta, hay dos respuestas opuestas que debemos superar. Hay una respuesta que calificaría de derrotista, que preconiza abandonar el mundo a su suerte. Si este mundo no quiere saber nada de Dios, no le hablaremos de Dios. Cuando nos encontramos en este

mundo, vamos pues a contentarnos con hablar de la temperatura, del deporte, del cine, o de la política. La otra actitud, diametralmente opuesta, es la actitud que, cueste lo que cueste, va a dirigirse a la gente en un lenguaje religioso, aunque no comprenda nada de este lenguaje. Digamos más bien que lo comprenden solamente en superficie, sin comprender su verdadero sentido religioso. Es para ellos un lenguaje obsoleto, una lengua muerta, que no significa nada. Peor todavía, esto puede recordarles un tiempo antiguo en el cual el lenguaje religioso era el lenguaje de una autoridad opresiva.

Entonces, ¿qué hacer? En pocas palabras, que tendré que explicar, yo diría que se trata de “Hablar de Dios sin nombrarlo”. Comencemos con un presupuesto: Dios está presente en el mundo secular de la misma manera que en el mundo religioso. El mundo es completamente el mundo de Dios. Dios está presente en él para establecer su Reino de justicia, de paz y de amor. Hablar de Dios hoy en nuestro mundo secular consiste pues en expresar esta presencia de Dios a las personas que nos rodean, a invitarlos a tomar consciencia de esta presencia. Se trata pues de descubrir, y de hacer descubrir, los signos de la presencia de Dios en el centro de la realidad cotidiana. Son los signos del misterio divino del cual hemos hablado: los signos del misterio de la verdad, de la bondad, de la belleza del mundo. Veamos esto más cerca, dando algunos ejemplos.

Primero, los signos del misterio de la verdad. Pienso aquí en la famosa frase de Einstein: “Lo más incomprensible es que el mundo sea comprensible!”⁴ Que el mundo sea comprensible, la ciencia ha dado suficientes pruebas. La ciencia descubre las leyes de la naturaleza; y muestra de esta manera cómo el mundo es coherente, cómo tiene un orden. No es un caos, o un simple montón de elementos; estos elementos son reunidos, son coordinados según una lógica bien determinada, que es la de las leyes de la naturaleza. Einstein veía esto mejor que nadie. Pero ¿de dónde viene este orden? Renuncia a explicarlo, porque toma consciencia que está frente al misterio, frente a algo incomprensible, que supera toda explicación. Toda explicación plantea, en efecto, la misma cuestión: de dónde viene esta nueva explicación, esta nueva expresión de la lógica del mundo? Qué pasa que el mundo es explicable, comprensible?

⁴ A. EINSTEIN. *Comment je vois le monde*. Traducido del alemán por Maurice Solovine, Flammarion: París, p. 9: «La plus belle chose que nous puissions éprouver, c'est le côté mystérieux de la vie. [...] Savoir qu'il existe quelque chose qui nous est impénétrable, connaître les manifestations de la raison la plus profonde et de la beauté la plus éclatante, qui ne sont accessibles à notre entendement que dans leurs formes les plus primitives, cette connaissance et ce sentiment constituent la vraie religiosité c'est en ce sens, et seulement en ce sens que j'appartiens aux hommes profondément religieux».

Vemos aquí toda la diferencia que existe entre el hecho de decir: “Dios es la causa primera que explica todo el resto”, y decir: “Dios es el nombre que damos al misterio del mundo”. En el primer caso se evacua el misterio, lo explicamos; en el segundo caso, lo preservamos. Einstein reconocía la profundidad de lo incomprensible, afirmaba el misterio, pero sin nombrarlo “Dios”, sin hablar de este misterio de manera religiosa.

Esto respecto del misterio de la verdad. Veamos ahora el misterio de la bondad del mundo. Es lo que la primera página de la Biblia nos invita a considerar, a contemplar. Cada día de la creación está marcado por el estribillo: “Y Dios vio que era bueno”. La Biblia procede así de arriba a bajo, de Dios a la bondad del mundo. El relato bíblico comienza en efecto, por nombrar el Dios creador: “Al inicio, Dios creó el cielo y la tierra” (Gn 1, 1). Sería necesario hoy, en nuestro mundo secular, invertir el orden de las cosas, y comenzar por la bondad del mundo, haciendo ver lo bueno que existe en el mundo, mostrando la finalidad interna de los diferentes elementos del mundo. Por ejemplo, la complejidad del ojo hecho para ver, la estructura de la oreja, hecha para escuchar, y toda la maravillosa complejidad orgánica de los seres vivos. Son algunos de los signos del misterio divino en el cual se bañan las profundidades de este mundo. Hablar de Dios sin nombrarlo significa hacer ver todos estos signos, dejando a las personas que nos rodean la tarea de interpretarlos.

Sin embargo, no existe sólo la verdad, la bondad y la belleza del mundo. Hay también en el mundo muchas incoherencias, mucho mal y fealdad. Entonces, ¿cómo hablar de Dios sin nombrarlo en medio del mal y del sufrimiento? Sería hablando, o más bien exhortando al ánimo en medio de las dificultades. El ánimo en la dificultad, es la actitud de la esperanza, porque supone la fe en el bien que puede triunfar sobre el mal, la fe en la vida que puede triunfar sobre la muerte. Exhortar el ánimo, alentar a las personas en la dificultad, es pues inspirar la fe y la esperanza.

Pero se trata aquí de una fe absoluta, de una esperanza absoluta, es decir la fe y la esperanza sin más⁵. Creemos y esperamos, porque soportamos la dificultad, porque estamos comprometidos en la lucha contra el mal. Pero no podemos decir en quién creemos y esperamos. Creemos simplemente en el misterio de la verdad, de lo bueno y de lo bello. Tal es la condición de las personas que creen y esperan de manera no religiosa, es decir sin Dios, por lo menos sin un Dios personal, sin un Dios que podrían nombrar.

⁵ Sobre la idea de la fe absoluta, ver P. TILLICH. *The courage to Be*. Yale University Press: New Haven, 1952, pp.171-178 : «Absolute faith and the courage to be ».

Hablar de Dios a las personas que están en la dificultad significa pues alentarlas, inspirarles la esperanza. Pero eso supone dos condiciones. Primero, no es suficiente hablar y exhortar, debemos todavía compadecer los sufrimientos de las personas que encontramos, a quienes nos dirigimos. Compadecer es compartir los sufrimientos de los otros. Así, la palabra que les dirigimos no es un lenguaje distante: es la expresión de nuestro propio sentimiento, la expresión del sufrimiento que sentimos, que compartimos con ellos.

Otra condición, el testimonio. No es suficiente hablar de Dios, debemos también, y primero, testimoniar de Dios. Testimoniar significa vivir lo que decimos, y decir lo que vivimos. De esta manera, nuestro lenguaje y nuestra actitud devienen la expresión de lo que sentimos en lo más profundo de nosotros mismos. La presencia en nosotros del misterio divino es dada a todo el mundo, pero todo el mundo no tiene conciencia de eso. El testimonio sería el medio para suscitar en los otros esta conciencia explícita, la cual podría sin embargo permanecer en ellos debajo de la concepción personalista de Dios.

4. Recapitulación

El misterio nombrado Dios

Para terminar, retomo los tres puntos desarrollados en este artículo. Primero, distinguí dos formas de comprender la expresión “el misterio de Dios”. Escuchamos habitualmente esta expresión dando prioridad al término “Dios”. Primero, afirmamos Dios, y después, reflexionamos sobre la naturaleza de este ser divino, decimos que es misterioso en tanto infinito. He propuesto invertir hoy día esta manera de pensar y de hablar. Comenzar por tomar conciencia del misterio del mundo, para expresarlo luego, hablando de Dios, y del mundo como creación de Dios.

Un cristianismo no supranaturalista

Considerando ahora el misterio de Cristo, propuse reinterpretarlo al día de hoy de manera no supranaturalista. Es decir que el milagro no debiera más ser concebido como una intervención sobrenatural de Dios creador, sino como el signo que manifiesta la presencia de Dios en la naturaleza y en todo ser humano. Es así que el milagro de la resurrección de Cristo podría ser interpretado como la presencia de Dios vivo en Cristo crucificado.

Hablar de Dios sin nombrarlo

Por último, en nuestras conversaciones con el mundo no religioso de hoy, con las personas que no escuchan el lenguaje religioso, propuse hablar de Dios sin nombrarlo, sin pronunciar su nombre. Nos limitaríamos así a hablar del misterio del mundo, considerando los signos de este misterio, que nos revelan la bondad y la belleza del mundo. En las situaciones agotadoras, la fe en el misterio divino se manifestaría a través del ánimo de soportar las adversidades de la vida, testimonio de la convicción que el bien vence el mal, y lo divino lo demoníaco. Así, con las personas que no creen en Dios, nos contentaríamos hablando de lo divino siempre presente el mundo.